

EL PAPA O



Juan Pablo I: un Papa de la derecha del que sólo quedarán un puñado de anécdotas, la sombra de una sonrisa y unas esperanzas desvanecidas.

La sucesión de Luciani es la sucesión de Montini

LUCIANI no iba a ser un Papa de transición, sino un Papa largo: por su edad, por su estado de salud —excelente, según el arquiatra—, capaz de pastorear la Iglesia por unos prados clásicos y probablemente conservadores: si los rumores romanos son ciertos, se llevó los veinticinco votos "derechistas" que se acumulaban en torno a Siri, convencidos por Benelli —demasiado joven, se decía, para ser Papa él mismo— de que podría mantener dignamente la línea que ellos buscaban. No ha podido ser ni siquiera Papa de transición: el cónclave, que se reunirá a partir del día 14 —en la fecha más próxima posible, sin pérdida de tiempo: la Congregación General tiene prisa—, va a buscar en realidad un sucesor de Montini. Como si Luciani no hubiera existido nunca. Y no ha existido si no ha dejado historia de su pontificado. Apenas un puñado de anécdotas, la sombra de una sonrisa y unas esperanzas desvanecidas.

Pero, al mismo tiempo, ha existido. Esto quiere decir que la sucesión de Montini ya no podrá repetirse como en el veloz cónclave anterior. Apenas cuenta la levisima modificación del cónclave anterior: la muerte de Yu Pin, arzobispo de Nankín, y la de Gracias, arzobispo de Bombay, no tiene importancia, porque ya

no contaron en el cónclave anterior. Hay ahora 127 cardenales, de los cuales sólo 111 son electores —por menores de ochenta años—. Los mismos que en el cónclave del 26 de agosto. Y al mismo tiempo, distintos, puesto que pesa sobre ellos la experiencia de aquella reunión. La única ausencia notoria es la de Luciani, que en aquel momento representaba un "outsider" con condiciones tan considerables que pudo ser elegido. Su condición de insignificancia, de hombre de fe y no de curia, su jovialidad, la capacidad de tranquilizar a los conservadores por su repudio del "modernismo", su anticomunismo, su antidivorcismo, sus reservas frente a la audacia juvenil, y la misteriosa capacidad de sumarse a los progresistas, si no en los votos del cónclave, si inmediatamente después de ser elegido, con algunas conversiones extraordinarias de comentaristas que, situados en un extremo del progresismo católico, comenzaron entonces a ver en él unas esperanzas que su biografía anterior no hubiera permitido tener.

Volvemos, pues, a la situación de finales de agosto para suceder a Montini, pero sin el socorro de un Luciani y con las posibles modificaciones mentales de quienes entonces le dieron su voto; y con las nuevas esperanzas

de quienes se lo negaron, en un principio algunos, hasta el mismo final otros —como se dice que fue el caso de los que votaban al "progresista" Sergio Pignatelli—. Incluso es posible que el propio Benelli, a quien se ha atribuido la capacidad de "hacer" Papa a Luciani como en nombre suyo, porque estaba considerado demasiado joven para el pontificado —la supuesta longevidad de Luciani le hubiera permitido esperar con mayores esperanzas que a sus longevos compañeros—, piense que pueda ahora ser su momento, incluso esgrimiendo que la longevidad en el papado es más una cuestión de providencia que de años cumplidos y de buena salud, como lo ha venido a revelar la muerte pre-

matura de Luciani. Hay también, se dice en Roma, un renacer de la Curia, que habla aceptado que el electo no fuera uno de los suyos, pero que ahora pretendería, con datos recogidos del mes de Luciani —de posibles errores de éste—, que la experiencia de gobierno de los miembros de la Curia es insustituible, ni siquiera en un caso de asistencia de la fe como podía ser el del Papa Luciani. Como puede ser que renazca el espíritu de los que pretendían que fuera elegido un Papa no italiano, y que habían venido a obtener el consenso de que Luciani fuera el último Papa italiano: consenso que, naturalmente, no podía contar con el carácter efímero del elegido. Las predicciones, por lo tanto, se han hecho más difíciles. Los que creen que el cónclave ha variado poco desde la elección de Albino Luciani piensan ahora en el cardenal Ursini por una razón de paralelismo: el actual arzobispo de Nápoles mantiene el "estilo" de párroco, de hombre emergido de la pobreza —si no de la personal, sí de la colectiva del Sur de Italia—, de la jovialidad y el humor, que le han dado popularidad en Nápoles. Los que creen en la fuerza de Benelli piensan que esta vez no va a enmascarar su candidatura, y que puede convencer de que es el hombre enérgico y joven que puede nece-

sitar la Iglesia en estos momentos. Los que sostienen la tesis del "paso atrás", de la necesidad de rectificar unos progresos que —en su óptica— habían contribuido más a desarticular la Iglesia que a fortalecerla, estiman que la vieja fortaleza de Siri va a ser ahora indestructible. Los que piensan en la necesidad de que el Papa cambie de nacionalidad, pero con cierta suavidad, y que represente más a los "malditos de la tierra", cuentan con Eduardo Pironio, que siendo argentino es de origen italiano. Un poco más atrás aparecen los nombres del austriaco Franz König y del cardenal holandés Johannes Wuldebrands; y otros como Salvatore Pappalardo, el joven y viajero arzobispo de Palermo; como Antonio Poma, como Sebastián Baggio...

Prácticamente, los mismos nombres que brotaron cuando murió Montini. Pero entonces nadie pronosticaba a Luciani. Lo cual quiere decir que, en este caso, la sorpresa no está tampoco excluida.

Sin embargo, los pronósticos parecen coincidir en cuanto a la duración del cónclave: nadie cree que esta vez sea tan breve como el que eligió a Luciani, probablemente el más corto de toda la Historia. Se presentan razones tan humanas y tan profanas como la de que el calor ha reducido en parte la incomodidad de los encerrados de Dios; pero hay otras de mayor peso, como la de la desorientación de los propios cardenales. La sucesión de Montini se veía venir desde hacía tiempo: había permitido la elaboración de acuerdos, de compromisos, el intercambio de puntos de vista. La de Luciani era totalmente imprevisible. Había abierto una tregua que se esperaba larga en las aspiraciones personales o en nombre de otros. Las presiones que puedan venir de fuera de la Iglesia —las grandes potencias, los políticos católicos de Italia— tienen escaso tiempo para ser eficaces. Estaban empleadas, sobre todo, en influir en lo posible sobre la figura de Luciani, y no en buscarle sucesor. Aunque algunas voces más bien aisladas —como la de un cardenal no identificado, la del periódico belga (conservador y católico) "Dernière Heure", la de un grupo de jóvenes católicos de Estados Unidos— hayan emitido la sospecha de que la muer-

QUE NUNCA EXISTIO

te pudo no ser natural y hayan solicitado una autopsia, no aceptada por la Congregación. Por los orígenes de las sospechas, se ve el deseo de culpar a la Unión Soviética, que hubiera podido temer una ofensiva papal en favor de la "Iglesia del silencio", denunciando persecuciones de ca-

tólicos, que unida a las denuncias por las persecuciones de judíos y a las de Estados Unidos por la persecución de los "disidentes", hubieran podido potenciar al máximo el cerco por la vía de los "derechos humanos". Nadie parece dar ninguna importancia a esta línea tan políti-

ca, que despierta toda clase de incredulidades.

Si el Papa Luciani se ha extinguido sin dejar detrás más que un limbo de cálculos, de lo que hubiera podido ser, la elección de sucesor tiene ahora un interés renovado. Pero todavía no ha salido del más absoluto misterio. ■

filósofo San Justino, ya que en la Iglesia no debe haber más ley que la ley del amor, de la convivencia en la igualdad y de la libertad.

La clave de esa primera anécdota está pues en estas palabras pronunciadas en su catedral: "Que Roma sea fiel, en los hechos y en los ideales, cumpliendo la sed y el hambre de justicia que hay entre los hombres, contribuyendo a forjar una paz activa, un respeto a la dignidad superior del trabajo y un amor efectivo con todos, sobre todo con los marginados y débiles de la sociedad".

Muchos se preguntarán al oír este mensaje de apertura: ¿cuál es la postura del Papa respecto al caos doctrinal que parece invadir a la Iglesia católica, dentro de la cual ya casi nadie sabe cuál es su identidad como católico, pues las más dispares posturas se mantienen incongruentemente en ella y se dan los cambios más espectaculares de actitud sin saber a dónde van?

Hablando en ese discurso de la liturgia, afirmó que los cambios eran necesarios, pero sin llegar a producir una "falsa creatividad". Ciertamente la Iglesia no debe ser un arcón donde sólo se guardan cosas viejas, porque necesita el cambio respetando eso que algunos han llamado "la memoria de la Iglesia". A través de las múltiples variaciones de su historia, el creyente profundo descubre un hilo conductor, y ese núcleo es el que hay que saber aplicar y vivir en cada momento histórico, sin caer en la ingenuidad del cambio por el cambio, como a veces se cae en la del arte por el arte.

Todo esto lo vivía con sentido del humor, como lo demostró desde el primer momento de ser Papa. En la primera cena que celebró encerrado con los cardenales que le habían elegido, el cardenal Tarancón —que es un impenitente fumador— sintió tal necesidad de llevarse un pitillo a la boca, y se atrevió a pedirle permiso a Juan Pablo I, el cual le contestó con cierta ironía: "Fume usted, pero cuidado con el humo, que sea blanco, para que nadie se confunda y crea que no me han elegido Papa". Con este espíritu era como únicamente podía abordar esa crisis de enfrentamientos entre conservadores y progresistas en este momento crucial de nuestra Iglesia.

Y, dentro de esta sencillez, estaba su desprecio del lujo, de las ceremonias, de los protocolos que

Un Papa sin problemas

JUAN Pablo I, el hombre sencillo y sin problemas angustiosos, ha muerto. Su pontificado sólo ha durado un mes: seguramente el más breve de la historia del papado, y sin embargo, ha dejado una huella que no olvidaremos fácilmente: la huella que deja siempre una actitud sorprendentemente sencilla y sin complicaciones, en un mundo que vive del artificio y de la presuntuosidad. Huella que dejó en sus propios hechos y en sus mismas palabras.

Su obra toda, antes y después de ser Papa, tuvo las mismas características: no cambió nada por el hecho de acceder al más alto puesto de la inmensa Iglesia católica, la más poderosa en números de fieles, con veinte siglos de historia. Ni tampoco le impresionó la dura tarea que caía sobre sus hombros en un tiempo de crisis.

E. MIRET MAGDALENA

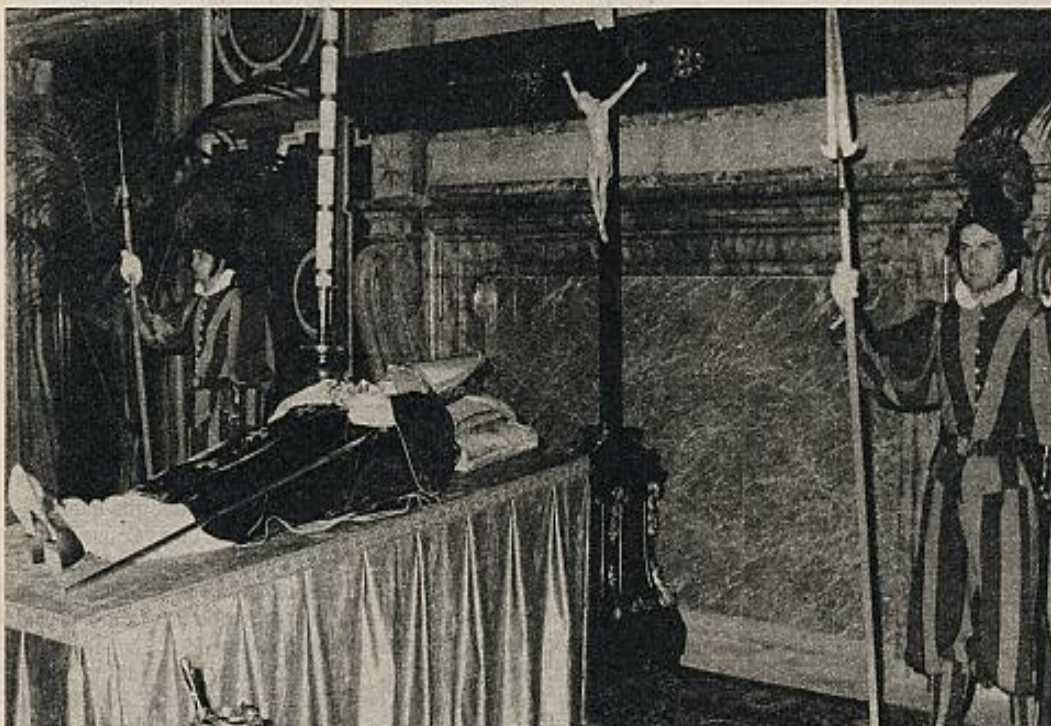
Siguió igual que siempre, sin crispación alguna.

Y desde el primer momento marcó tres características claras: su confianza en el hombre, su buen humor al enfocar las cuestiones y la ausencia del lujo o de afán de poder.

En vez de figurarse lo que era el mundo, quería aprenderlo en el contacto personal con los hombres concretos, esos olvidados hombres de la calle que lo son no sólo en las dictaduras, sino a veces en las democracias. En su primera audiencia, en vez de adoptar una actitud pomposa de primer jerarca de la Iglesia, o una actitud académica de maestro de todos los hombres, dejó de lado todo protocolo, abandonó sus papeles escri-

tos y, en vez de leer el discurso, se dirigió a un niño del coro de la católica isla de Malta, trabando un curioso diálogo de sencillas preguntas y respuestas al modo socrático, olvidando su papel de alto personaje y produciendo así un impacto mucho más fuerte en los miles de personas que habían acudido a la inauguración de su pontificado.

Pero no creamos que todo era en él infantilismo, porque en estos ejemplos anecdóticos habla una clave clara en sus serias aunque sencillas palabras pronunciadas al tomar posesión de la tradicional basílica de San Juan de Letán, que es su catedral en Roma. Porque no olvidemos que el Papa es Papa sólo por el simple hecho de ser nombrado obispo de Roma. Roma es para el católico "la primera en el amor", como decía hace dieciocho siglos el mártir y



La elección de un sucesor para Luciani era totalmente imprevisible, lo que le confiere un mayor interés. En la foto: el cuerpo sin vida del Papa en la Capilla Clementina de la basílica de San Pedro.